



Murcia, inundada por el Segura (agosto de 1874): una historia que se repite año tras año.



Los últimos vestigios de la riada de Puerto Lumbreras de 1973 (vista hacia la parte nueva del pueblo, izquierda de la Rambla).

Diez meses después de la catástrofe

«D ESPUES de las inundaciones de octubre de 1973, el reparto de las ayudas a damnificados no fue equitativo», explicaba uno de los trabajadores reunidos la tarde del día 20 de agosto para contemplar sus centros de trabajo, convertidos en una piscina por la crecida del río Segura, a su paso por la ciudad de Murcia. «A mí me dieron 15.000 pesetas, que seguramente fue lo que certificó un maestro de obras que vino a inspeccionar mi casa, aunque no pasó de la entrada», añadió.

Este año las lluvias se adelantaron y vinieron en agosto. Siguiendo la tradición, el Segura aumentó su caudal, y por enésima vez inundó los molinos harineros situados en su margen derecha, dentro de la capital murciana, poniendo en situación de «vacaciones forzadas» a los hombres que allí trabajan. Es una historia que se repite año tras año, incansablemente. ¿Por qué? «En el año 1962 comenzaron unas obras para canalizar el río y evitar las inundaciones; estamos en el 74 y todavía no están acabadas. A raíz de las inundaciones del año pasado, como algo había que hacer, se empezó a construir un muro de contención que se hundió a las primeras de cambio, sin esperar siquiera las lluvias. Yo les dije a los obreros que lo construyeran con medio metro de hormigón como cimienta el muro no aguantaría, y ellos me contestaron que hacían lo que les mandaban. ¿De quién es la culpa? ¿Có-

lumbres en las cimas de los puertos para transmitir señales y avisos, no llegaron las lluvias de agosto. El pueblo aparecía luminoso, soleado, seco. Salvo un escombros, que según nos dijo el alcalde de la localidad iban a retirarlo de inmediato, situado en la Rambla de Nogalte, nada parecía indicar que diez meses antes una trágica riada se llevara 160 casas, causando 86 muertes y un número indeterminado de desaparecidos, según cifras oficiales. «Aquello fue espantoso. Serían las cuatro y media de la tarde; la noche anterior había llovido, pero no demasiado, y de pronto todo se quedó a oscuras, oímos un estruendo horroroso, y pasados unos minutos, la calle se llenó de gritos. Fue todo un momento», nos contó una vendedora de «souvenirs» que aquel día perdió una tía y una abuela. Con leves diferencias horarias, todas las personas con quienes hablamos en Puerto Lumbreras coincidieron en el carácter repentino e inesperado de la tragedia. Como siempre, en todo tipo de «accidentes», añadían la coletilla: «... y menos mal que fue por la tarde. Tres horas antes, los muertos hubieran podido contarse por millares, ya que ese día, como todos los viernes, se celebra en la Rambla por donde bajó la tromba una feria, a la que acuden gentes de todos los pueblos vecinos».

¿En qué situación ha quedado la población después de la desgracia? «Los que saben y pueden trabajar se han ido a Barcelona o a

VIAJE POR EL SUDESTE ESPAÑOL

mo buscar los responsables? Las cosas están montadas así, y no puedes protestar, que encima te enchironan».

Para estos hombres, el río Segura —paradójico nombre— es un motivo constante de inseguridad en el que arriesgan sus vidas, como quedó demostrado en su día. «La catástrofe de octubre» nadie la ha olvidado, entre otras cosas, porque los hogares de muchos de ellos, a pesar de todas las «ayudas» que según TVE se distribuyeron entre los damnificados, les recuerdan cada día que el agua no pasó en balde. «En las familias que hubo muertos, es indudable que las indemnizaciones, por cuantiosas que sean, nunca llenan, pero tampoco es justo que personas que han perdido prácticamente la vivienda porque ha quedado inhabitable, reciban sólo una cantidad de 15.000 a 25.000 pesetas, y otros que no han perdido nada se aprovecharon del mo-

mento y sacaron sus ganancias. A mí, concretamente, me dieron media docena de sillas, una cocina de butano y las 15.000 pesetas; durante algunos meses estuvimos comiendo encima de las sillas. Yo le digo lo que conozco, lo que he vivido. Con las sucesivas inunda-

ciones he perdido muchas cosas y he recibido muy pocas. ¿Quién arregla esto? ¿Cómo se puede solucionar?».

«¿Que cuándo volveremos al trabajo?... Cuando baje el nivel de las aguas: con agua hasta la cintura no se puede hacer nada. Hace año y medio... año y medio, ¿verdad, tú?, dragaron el río, pero no sirvió de nada, porque ahora está igual. Sólo quitaron la arena.

De Murcia, por la carretera general, nos fuimos a Puerto Lumbreras, la población más castigada por la riada de 1973. Pasamos, previamente, por Lorca, «el término municipal más grande de España: 1.807 kilómetros cuadrados, 96 kilómetros de Norte a

Sur», declarado «monumento histórico artístico por Decreto 612 del 5 de marzo de 1964». Lorca también acusó las lluvias de los días 19 y 20 de agosto. Muchas de sus calles y la carretera nacional que la atraviesa, aparecían intransitables, con grandes montones de barro acumulados aquí y allá.

A Puerto Lumbreras, pueblo que debe su nombre, según nos explicaron, a la costumbre que había antiguamente de encender

Madrid —nos dijo, irritado, un anciano—; aquí nos hemos quedado sólo los viejos». El Ministerio de la Vivienda entregó en marzo pasado 110 viviendas prefabricadas —algunas, todavía sin ocupar— a los que habían quedado sin hogar, y que desde el mes de octubre vivían de la caridad de vecinos o familiares. Nunca es tarde si la dicha es buena, afirma la experiencia popular. No tan buena. Las casas prefabricadas están construidas con plancha metálica en los techos y paredes exteriores. La chapa se recalienta con el sol, convirtiendo el interior en un auténtico horno. Todo aquel que haya entrado en un automóvil expuesto a las inclemencias solares durante algunas horas sabe lo que es eso. Pues bien, el horno diario de las casas prefabricadas no dispone de corriente eléctrica a la que enchufar un frigorífico o un mal ventilador. «Fíjese usted lo que será esto, que una pastilla de ▶

Juan Zamora Terrés y Pilar Serrano Gracia

VIAJE POR EL SUDESTE ESPAÑOL

mantequilla dejada encima de la mesa tarda minutos en hacerse agua», se quejaba, amargamente, una inquilina. «El problema de la electricidad es que hace falta un transformador que tienen que traer de Madrid», nos explicó el alcalde.

«En los primeros momentos —nos explicaron algunas mujeres en el "patio" de un grupo de barracones prefabricados—, parecía que la cosa iba por buen camino. Vinieron muchas personas importantes de Madrid, incluso los Príncipes, y nos dieron mantas, alimentos y otras cosas. Ahora ya estamos otra vez dejados a nuestra suerte. En estas casas "provisionales" nos pasaremos, ya lo verá usted, más de diez años. De los millones que, dicen, dio el Gobierno, nadie aquí ha visto nada. Estamos sin luz. Los que han podido han emigrado, no hay trabajo, y ¡que no llueva este año, porque pasaría lo mismo!». El alcalde nos afirmó que, efectivamente, la ayuda concedida por el Estado para paliar la catástrofe está todavía «congelada». «Ya sabe usted que estas cosas van despacio. Hay que calibrar muy bien todas las pérdidas para distribuir equitativamente las ayudas». Mucho nos tememos que estas «ayudas», si llegan a distribuirse algún día, no

encontrarán destinatarios auténticos. Entonces actuará la picaresca y lo que el subdirector del diario «ABC», señor Ansón, denunciaba como corrupción. Lo que sí llegó a distribuirse entre los vecinos afectados, a criterio del alcalde, que es, además, jefe local del Movimiento, asesorado por el párroco, fueron los 3.100.000 (tres millones cien mil pesetas) que llegaron a Puerto Lumbreras fruto de donaciones particulares, recogidas sobre todo entre emigrantes de la localidad que el día de la desgracia se encontraban trabajando en Barcelona o Alemania.

La población de Puerto Lumbreras, unos seis mil habitantes en lo que es el casco urbano, vive mayoritariamente de la oveja, la almendra y el turismo de paso. El pueblo está dividido por la Rambla de Nogalte: a la izquierda, el pueblo antiguo, plagado de cuevas, casitas blancas y barracas de aspecto mísero, y a la derecha, el pueblo «con futuro», donde se asientan los hostales, restaurantes y tiendas de «souvenirs», junto con edificaciones de piedra donde vive un mínimo de la población. El alcalde de Puerto Lumbreras ostenta el cargo desde hace trece años y medio, es un hombre del Movimiento, como él se define, distribuidor exclusivo

en la zona de una marca de cervezas y propietario de un cortijo por vía conyugal. Un hombre que se prestó a darnos la información que precisáramos —«Tuteadme, por favor», y que hizo construir a la entrada Norte del pueblo, la entrada «turística», un monumento a Massiel con un breve jardín por su proeza en Eurovisión. «Con esta entrada gané un premio del Ministerio de Información y Turismo», nos confesó. Como el día de nuestra visita estaba de vacaciones, no le encontramos en el Ayuntamiento y hubimos de pasar por su domicilio particular. Las paredes de su casa son un auténtico museo fotográfico, donde Juan García Caballero, alcalde de Puerto Lumbreras, conserva para la posteridad su imagen unida a la mayor parte de las altas autoridades de la nación. Hablando de las casas prefabricadas, nos dijo que, por el Ministerio de la Vivienda, está prevista la construcción de 260 viviendas para acoger a los que hoy ocupan los barracones. Sin embargo, la única obra en construcción que nos mostró fue un edificio de tres plantas destinado a albergar a los funcionarios municipales. «¿Tantos funcionarios hay?», preguntamos. «Sí, porque aquí se considera funcionario a la comadrona, al practi-

cante...». La obra, casi acabada, tiene la planta baja destinada a albergar la sede de la Jefatura Local del Movimiento. «Hay que prepararse para cuando el Ayuntamiento se separe de esto», nos manifestó. Para él, la catástrofe del pasado octubre fue «excepcional», y tuvo probablemente un origen sísmico —«de no ser así, no hay manera de entenderlo». Nadie, ni los Ayuntamientos ni los vecinos de los pueblos por los que pasamos —todo el Sudeste, de Murcia a Motril—, supo darnos explicación plausible alguna del por qué una zona que padece una sed histórica se inunda con tanta frecuencia. «Quizá (como nos dijeron en Albuñol, municipio del que depende la población de La Rábida) hay que ver caer agua en estas tierras para saber lo que es la lluvia. Estas catástrofes son incontrolables. El remedio lógico sería construir pueblos de nueva planta en zonas perfectamente estudiadas, y no en medio de ramblas, como están ahora, en las que las tierras no se vinieran abajo a las primeras lluvias, como pasa aquí en Lorca o en Puerto Lumbreras. Pero, ¿cómo se puede acometer un proyecto de este tipo?».

Los pueblos, efectivamente, no cambian su ubicación. Después de la catástrofe, en la mayoría de ellos se han iniciado las obras de construcción de unos muros que canalicen las ramblas que invariablemente atraviesan todas las localidades de esta zona de la geografía española. Son muros en los que nadie confía, de los que todo el mundo afirma que cuando vengan las aguas no servirán para nada. Por otra parte, da la impresión que los mismos estamentos oficiales están convencidos de que los muros canalizadores de las respectivas ramblas son construcciones en el vacío: las obras van progresando con una lentitud cuaternaria, y es probable que a poca agua que caiga en los próximos años, no lleguen nunca a estar totalmente contruidos.

La evidencia general en todo el Sudeste español es que la gente abandona sus lugares de origen en busca de zonas más acogedoras. Tal como nos dijieran en Albuñol, donde la riada de octubre dejó sin trabajo a la mayoría de sus habitantes, cada inundación produce unos cuantos muertos y cientos de emigrantes. Entre los vecinos está muy arraigado un sentimiento de protesta y hostilidad hacia las autoridades locales, en quienes los días trágicos ven representadas las miserias de todos los días. «A mí llegaron a insultarme en los primeros momentos», nos confesó el singular alcalde de Puerto Lumbreras. ■ J. Z. M. y P. S. G. Fotos de los autores.



Casas prefabricadas en Puerto Lumbreras (patio interior). Las casas están construidas con plancha metálica en los techos y paredes exteriores. La chapa se recalienta con el sol, convirtiendo el interior en un auténtico horno.